

VI

¿ERA SHELDON UN AGENTE DE LA G. P. U.?

La investigación realizada en torno al asalto del 24 de mayo mereció los públicos elogios de León Trotski. Dijo textualmente: "En ningún otro país del mundo, ni en Francia, ni en Suiza, ni en España, ha sido descubierto ninguno de los crímenes de la G. P. U. con tanta amplitud como se está descubriendo ante nosotros el asalto del 24 de mayo en México". Pero en lo tocante al papel jugado por Robert Sheldon Harte, el mismo Trotski siguió dirigiendo severas críticas a la policía mexicana. Según él, ésta fué víctima de la tesis puesta en circulación por la G. P. U. Y el mismo punto de vista han seguido sosteniendo después su viuda, sus ex secretarios y la casi totalidad de los trotskistas.

A nuestro juicio, el esclarecimiento de este punto —hasta donde ello resulta posible— presenta un gran interés histórico-informativo. En primer lugar, como prueba de imparcialidad absoluta por parte de los investigadores, tanto respecto de la "tesis" stalinista como de la "tesis" trotskista. En segundo lugar, como demostración de los métodos puestos en práctica por la G. P. U. En todo caso, lo único que cuento para nosotros es la verdad escueta.

En su declaración del 2 de julio ante el Juzgado de `Primera Instancia de Coyoacán, León Trotski dijo:

—Sheldon me fué enviado por mis amigos de los Estados Unidos, como mis otros secretarios. Se me presentó con sus credenciales, pero no lo conocía antes. Cuándo me mandan a alguno, mis amigos me escriben y me proporcionan sus características para que yo conteste si lo acepto o no. Yo lo acepté, sin estar seguro si contesté que lo aceptaba desde luego.

Y a la pregunta de si era de todos sus secretarios el de más confianza, respondió:

—No; probablemente me merecía la misma confianza que los otros; pero como era nuevo, pues sólo vivió en mi casa siete semanas y durante este tiempo yo estuve muy ocupado con mi trabajo, lo traté menos que a los otros; pero mi esposa, que sí lo trató bastante, tuvo muy buen concepto de él. Yo tengo mucha confianza en la psicología de mi mujer, que me acompaña desde hace treinta y ocho años.

Luego Trotski no conocía a Sheldon antes de que le fuera recomendado por los jefes trotskistas de Nueva York y después de su llegada apenas le trató. Fiaba en la intuición psicológica de su esposa. No es posible dudar de la intuición psicológica de Natalia Sedova. Vivía dedicada casi exclusivamente a su esposo, sentía por él un inmenso amor de compañera, avivado por el peligro que corría constantemente su vida, y además, entre los dos esposos existía una absoluta compenetración ideológica y política. Puede decirse que su vida y su lucha eran una sola vida y una sola lucha. Seguramente protegía a Trotski mucho más atenta y vigilantemente que se protegía a sí misma: la noche del atentado, por ejemplo, no pensó sino en proteger el cuerpo de Trotski con el suyo. Sin embargo, todas las intuiciones psicológicas del mundo no bastan a descubrir al agente del enemigo cuando éste se presenta como un compañero y un amigo. De otra manera, no habría espías ni agentes provocadores en el mundo o no los habría en tan gran número. Todas las policías cuentan con ellos en cierta abundancia, sobre todo en un período como el actual. Pero nadie ha igualado jamás a la Gestapo y a la G. P. U. en el arte diabólico de preparar a los suyos, de introducirlos en el lugar que les conviene y para la misión específica determinada por sus necesidades. Es posible, incluso, que en este arte la G. P. U. superara a la Gestapo. Sus agentes no son tan sólo mercenarios corrompidos por el dinero o seducidos por el espíritu de aventura, sino fanáticos siempre dispuestos a sacrificar su libertad y su vida por lo que creen su más alto y absoluto deber. Además de que saben que del cumplimiento de ese "deber" depende su propia existencia. En este sentido, son espías siempre espiados, terroristas sobre los que pesa eternamente la amenaza del terror. En Moscú y en Leningrado existen, desde hace largo tiempo, escuelas o colegios de preparación de militantes extranjeros o con destino al extranjero, llamados a ser, en caso general, agentes activos o colaboradores de la G. P. U. Esas escuelas las conocía perfectamente Trotski, puesto que en realidad contribuyó a crearlas.

Aun cuando tengamos que adelantarnos brevemente al curso de este relato, diremos en seguida que León Trotski tenía que ser víctima, tres meses después del primer atentado, de uno de los agentes de la G. P. U. introducido en su casa: el llamado do Jacques Mornard. También éste se presentaba como

militante trotskista. Había seducido a una militante trotskista sincera, con la que venía manteniendo relaciones amorosas desde que la conoció en París. Por su intermedio entró en relaciones con los militantes trotskistas franceses a los que, según afirmaciones del propio Trotski a uno de sus secretarios, entregó dinero para sus publicaciones. No sólo se introdujo en casa del exilado ruso gracias a su amante, sino avalado personalmente por dos viejos, inteligentes y experimentados militantes franceses: Alfredo y Margarita Rosmer. Se trata de dos honestas conciencias socialistas, de dos seres irreprochables. Preparado por Natalia, Trotski tomó el té con Mornard y con Rosmer ... Fué incluso Mornard, después del primer atentado, quien condujo en su automóvil a Veracruz a los Rosmer. El futuro asesino discutió cordialmente con la que tenía que ser su víctima y hasta le llevó a corregir un artículo sobre un tema trotskista. Falló ahí la intuición psicológica de todos. ¿Por qué admitir en el caso de Mornard lo que se sigue negando en el caso de Sheldon?

En un artículo firmado en Coyoacán el 8 de junio, Trotski admite lo siguiente: "Sin embargo, y a pesar de todas las precauciones, no es posible tener como absolutamente excluida la posibilidad de que en el número de los miembros de la guardia pudiera penetrar un agente de la G. P. U." Y más adelante añade: "Por supuesto, desde el principio me he dicho a mí mismo y les he dicho a mis amigos que seré el último en creer en la participación de Sheldon en el asalto. Sin embargo, si contra todas mis suposiciones esa participación se confirmara, el hecho no cambiaría nada esencial al carácter general del asalto". Y en otro artículo fechado el 25 de junio, se lee lo siguiente: "En realidad, la penetración de un agente de Stalin en mi casa pudo haber indicado solamente que la G. P. U. había logrado engañar a mis amigos de Nueva York, quienes me recomendaron a Sheldon". En todos estos extractos, el tono es inseguro, dubitativo. Implícitamente se admite que Sheldon podía ser un agente de la G. P. U. Y en el mismo artículo concluye: "Todos los enterados saben que la G. P. U. inunda con sus agentes todas las organizaciones obreras y las instituciones de Estado en todo el mundo". Así lo demuestran múltiples testimonios y experiencias. De ello, todos los políticos y todas las policías saben algo.

Sabido es que la G. P. U. no vacila en los medios —en ninguno, por monstruoso que sea— cuando se propone una cosa. Nada más fácil para ella que introducirse en las organizaciones políticas adversarias o benévolas, incluso en los hogares particulares. El afán proselitista en los medios políticos avanzados supera en mucho a la desconfianza. Aparte de que no es posible crear organizaciones políticas, que deben distinguirse por su generosidad y su solidaridad humanas, con la ponzoña de la desconfianza. Trotski, en quien dominaba la pasión política por sobre toda otra, tenía particularmente desarrollado ese afán proselitista. Fué pronunciándose en él a medida que se intensificó su lucha contra el stalinismo. Su casa estaba abierta a cualquier eventual adepto que manifestaba deseos de verle o discutir con él. Sobre todo si ese eventual adepto provenía de las filas del comunismo oficial. Bastaba con que lo presentara o recomendara un militante trotskista conocido. Ahora bien, los militantes trotskistas llevaban su afán proselitista a los mismos o parecidos extremos que su jefe. En las organizaciones trotskistas y por su conducto, en la casa fortaleza de Trotski, podían introducirse, con relativa facilidad, cuantos Sheldon y cuantos Mornard pudiera necesitar la G. P. U.

Parace que damos con esto por absolutamente sentado que Robert Sheldon Harte era un agente de la G. P. U. No creemos que nadie pueda afirmarlo absolutamente, como no sea la propia G. P. U. No es posible negar, sin embargo, que todas las presunciones de la investigación policíaca llevan a esa conclusión. Según Trotski y los trotskistas, los investigadores se dejaron influenciar por la "tesis" puesta en circulación por la G. P. U. El examen imparcial de los documentos desautoriza tal suposición. Néstor Sánchez hizo declaraciones completas que permitieron descubrir la trama del asalto así como a sus organizadores y ejecutores. Todo lo por él dicho resultó cierto. ¿Por qué hubiera mentido exclusivamente en lo referente a Sheldon? Camino de Coyoacán, Siqueiros le afirmó que uno de los secretarios de Trotski "se había vendido". Comprendió poco después cuál era. La puerta de la casa de Trotski, herméticamente cerrada a todos y sobre todo durante la noche, se abrió sin ninguna dificultad. Según los policías que la guardaban, ello sólo era posible contando con un cómplice dentro. Los trotskistas afirman que para que Sheldon abriera la puerta debió, tomar por conocido o por amigo de confianza a uno de los asaltantes. Néstor declaró que el famoso "judío francés", jefe intelectual del atentado, parecía "amigo" o "conocido de confianza" de Sheldon. Su ropa interior indicaba que había llegado de París o había pasado por París en viaje a México por Nueva York. Este último detalle lo indicaba la placa de su automóvil. También Sheldon había llegado de Nueva York siete semanas antes. Los policías vieron salir a Sheldon después del tiroteo sin que sufriera violencia por parte de los asaltantes. No especificaron claramente en sus declaraciones si lo vieron salir a pie o en uno de los automóviles de Trotski. Néstor declaró que el propio Sheldon conducía uno de los dos coches, el mismo en que iban el "judío francés", Siqueiros y Pujol y al que subió

él. Parece esto lo más probable. Sheldon estaba habituado a manejar los automóviles de Trotsky. Sólo él podía saber que las llaves de los automóviles estaban puestas constantemente. En su declaración del 2 de julio, León Trotsky declaró: "Las llaves de los coches están colocadas en los mismos carruajes para que en caso de peligro, no se tenga que perder tiempo en buscarlas y el que está de servicio, durante la noche, sabe que están puestas".

Están después las declaraciones de Mariano Herrera Vázquez. También demostraron ser ciertas. Gracias a ellas se pudo encontrar la casa de Santa Rosa y el cadáver de Sheldon. Según Herrera, Sheldon podía pasearse solo y con toda libertad por los alrededores de la casa que les servía de refugio. Si lo hubieran tenido secuestrado, ¿le hubieran consentido semejante libertad? ¿Y no la hubiera aprovechado para escapar y revelarlo todo?

Pero está el asesinato ... Trotsky afirmó en una declaración pública el mismo día en que se descubrió: "El cadáver de Bob Sheldon Harte es un mentís trágico a todas las calumnias y denuncias falsas hechas contra él". Lamentamos tener que disentir de esta afirmación. No es la primera vez que la G. P. U. se deshace de un instrumento suyo después de haberlo utilizado convenientemente. Trotsky sabía como nadie que esto es bastante frecuente en las prácticas de esta siniestra organización terrorista. Stalin no vaciló en deshacerse de todos los grandes militantes bolcheviques rusos. Hizo ejecutar así mismo a gran número de militantes alemanes, polacos, húngaros ... Ni tan solo vaciló en suprimir a Yagoda, el jefe de la G. P. U., que preparó el primer gran proceso de Moscú. Ni a los diplomáticos y a los principales agentes de la G. P. U. enviados a España durante la guerra civil. ¿Iba a vacilar en la supresión de un Sheldon? Es evidente que éste sabía demasiado. Probablemente conocía las ramificaciones existentes entre los agentes de la G. P. U. de los Estados Unidos y de México. Podía identificar al "judío francés". Quizá sabía incluso que Jacques Mornard no era un militante trotskista, sino el agente de confianza de la G. P. U. destinado a cometer el asesinato en el caso de que fallara el primer atentado ... ¿Qué hacer con él? Era muy difícil hacerlo salir del territorio nacional, pues se le buscaba activamente, se poseían retratos suyos y se habían comunicado sus serias personales a todos los puntos fronterizos, a todos los puertos, a las estaciones ... Si caía en manos de la policía, cosa que tenía que ocurrir un poco más pronto o un poco más tarde, se le podía obligar a hablar. Los muertos no hablan. Y lo asesinaron sin defensa, sin lucha, mientras dormía confiado al lado de los que tenían orden de suprimirlo. Según todas las apariencias, la ejecución corrió a cargo de Luis y Leopoldo Arenal, cuñados de David Alfaro Siqueiros (1). Herrera declaró que fué el primero de los hermanos quien le llevó a la casa de Santa Rosa. Y era o parecía ser "su amigo".

Tenemos, además, la declaración del padre de Sheldon. Creía que su hijo era un simpatizante de Stalin. Todos en su casa lo creían. Se encontró en su habitación un retrato de este personaje. Los trotskistas niegan la existencia de esta declaración. Poseemos el documento que la contiene: lleva el número de folio 337. Lo firma el Subjefe de la Policía Judicial Federal, Alfonso Díaz Barriga. Fecha del documento: el 29 de mayo de 1940. Fue recogida dicha declaración en la Embajada Americana, a través de un intérprete. Al tener noticia de la misma, parece que Trotsky telografió al señor Jesse Harte Sheldon pidiéndole confirmación. Y este señor entonces la negó. Se trata de una familia acomodada, distinguida, gozando de excelentes relaciones. ¿Reflexionó sobre el baldón que iba a manchar para siempre el nombre de su hijo si se demostraba que había servido de instrumento de una organización tan nefanda como la G. P. U. y para la comisión de un hecho de repercusiones universales? Es posible. Hay que admitir también la posibilidad de que su declaración fuera producto de un equívoco. En todo caso el documento con la declaración existe.

Hay, además, una declaración de la señora Fanny Yanovitch, secretaria rusa de León Trotsky, de indiscutible valor. El 23 de mayo Trotsky y ella estuvieron trabajando en un texto comunista para los Estados Unidos desde las siete y media de la mañana hasta las once de la noche. A partir de las seis de la tarde observó que Sheldon daba muestras de nerviosismo. Nunca lo había visto así. Diversas veces le preguntó cuándo iba a terminar su trabajo, pues era él quien debía llevarla en uno de los automóviles a su casa. Tan machaconamente se lo preguntó que, a pesar de su carácter dulce, ella se enfadó. Le habló una vez de los hilos de alarma: no debía acercarse a la ventana y rozarlos. La señora Yanovitch le pidió prestada su estilográfica para las correcciones; cuando le anunció que se la devolvería a la mañana siguiente, Sheldon exclamó:

—Me la tienes que devolver hoy mismo, no mañana.

Al conducirla a su casa, después de las once de la noche y bajo un gran aguacero, vieron venir por la calle de Viena otro automóvil con sus potentes faros encendidos. La señora Yanovitch, que iba al lado de Sheldon, creyó que podía ser el otro automóvil de Trotski conducido por uno de los secretarios que había salido con su esposa, llegada de Nueva York. Sheldon estuvo Categórico:

—Ese no es nuestro coche.

No lo era, en efecto. Dicho coche dió media vuelta y los siguió algún trecho, siempre con los faros encendidos e impidiendo ver a los que iban en su interior. Durante el trayecto, Sheldon le hizo un gran número de preguntas sobre la "Vida de Stalin" que estaba dictando Trotski. No podía enterarse de su texto porque estaba redactado en ruso. Es evidente que este libro constituía una de las grandes preocupaciones de Stalin y de su G. P. U. A la mañana siguiente, perpetrado ya el asalto, la señora Yanovitch recordó todos estos detalles y le comunicó sus sospechas a Trotski. Este le oprimió levemente el brazo y le dijo:

—Se trata de simples coincidencias.

Fanny Yanovitch sustenta el firme convencimiento de que Sheldon, al que tuvo ocasión de tratar a diario desde su llegada de Nueva York, era un instrumento de la G. P. U. Se trata, claro está, de una intuición psicológica retrospectiva, formada por recuerdos a los que de momento no les conoce dió gran importancia, pero que constituyeron más tarde toda una revelación.

Y ahora es preciso que nos formulemos una pregunta: ¿por qué se han obstinado Trotski y los trotskistas en negar lo que parece tan evidente? Lo primero que hay que pensar es que eran y son sinceros en su apreciación sobre Sheldon. El párrafo final del artículo de Trotski, fechado el 25 de junio, dice así: "Bob no es la primera persona cercana a mí que cae entre las manos de los asesinos mercenarios de Stalin. Dejo a un lado a los miembros de mi familia, dos hijas y los hijos conducidos a la muerte por la G. P. U. No hablo de partidarios míos expuestos al exterminio físico en la U. R. S. S. y en otros países. Limitándome sólo a mis secretarios en varios países, resulta que han sido conducidos al suicidio por la persecución, fusilados o asesinados por los agentes de la G. P. U. siete personas: M. Glasman, G. Butow, Y. Blumkin, N. Sermuts, I. Pornansky, R. Klement, E. Wolf. En esta lista, Robert (Bob) Sheldon Harte ocupa el octavo lugar, pero temo que no será el último". Trotski vivía bajo el terror guepeuista desde hacía varios años, en realidad desde que, muerto Lenin, emprendió su cuerpo a cuerpo con Stalin. Lo venía encontrando a su paso por doquier. Estaba prevenido contra sus fechorías cada día, cada minuto. Y conocía sus artes diabólicas como nadie. Todo esto crea un estado de ánimo especial, una psicología justificadamente persecutoria. Aun cuando no se cerraba a la eventual complicidad de Sheldon, ante su cadáver quería creer con todas sus fuerzas qué, lo mismo que sus otros secretarios asesinados, éste también "murió por las ideas que profesaba" y que "sobre su memoria no hay ninguna mancha". De otra manera resulta difícil admitir que el propio Trotski hiciera poner una pequeña lápida a la memoria de Robert Sheldon Harte en el zaguán de su casa. Esa lápida existe todavía y mira a la modesta y sencilla piedra labrada que, con el nombre de Trotski encima, se levanta en medio del jardín.

¿Se mezcló con este senimiento un cierto cálculo político? El descubrimiento de un espía del enemigo produce siempre una cierta desmoralización entre los partidarios. Además, si se reconocía que Sheldon era un agente de la G. P. U. había que plantear el problema de las responsabilidades de los jefes trotskistas norteamericanos que se lo enviaron a Trotski. Nos limitamos a apuntar esta posibilidad. Haga cada cual las deducciones que crea conveniente.

(1). Los hermanos Arenal desaparecieron de México inmediatamente después del asesinato de Sheldon. Fue señalada la presencia de Luis en Nueva York, donde visitó a la escritora Anita Brenner. Debió refugiarse después en la U. R. S. S. Parece que al saber que había huido a los Estados Unidos, su esposa corrió en su busca con sus hijitos. Llegaron a Los Angeles. El Consulado Soviético se enteró de su llegada y, temerosos de que hablara, los recogió y los hizo embarcar para Rusia, donde han permanecido durante algunos años. Se encuentran nuevamente en México, con residencia en Cuernavaca. (J. G.)